

## **“Yo solica y él en Alemania”. La mujer del mundo rural andaluz y extremeño frente a la emigración masculina durante el franquismo (1955–1975)**

*“Me all alone and him in Germany”. Andalusian and Extremaduran rural women facing male emigration during the Franco regime (1955–1975)*

Teresa María ORTEGA LÓPEZ  
Universidad de Granada

Gregorio SANTIAGO DÍAZ  
Universidad de Granada

### **RESUMEN**

En la historia de España, los años sesenta del siglo XX son los años del *desarrollismo* y del crecimiento de las ciudades. Nuestro propósito con este artículo ha sido mirar al desarrollismo franquista, pero no desde la ciudad. Lo hemos hecho desde el mundo rural, desde el fenómeno de la emigración y desde la historia de las mujeres, pero no de las que se fueron, sino de las mujeres que se quedaron. El artículo, posándose en testimonios inéditos y en documentación novedosa procedente de los archivos locales, sostiene que la realidad de la emigración masculina contribuyó a modificar los roles y responsabilidades asumidas por las mujeres del mundo rural andaluz y extremeño. La ausencia de sus maridos, aunque no acabó con la jerarquía de género y con la desigualdad que caracterizaba la relación entre hombres y mujeres, sí las llevó a asumir nuevos deberes *adicionales* e hizo que su faceta adquiriera muchas veces la imagen de *jefa de familia* o de *sostenedoras de hogares*. Lo que asumieron, lo que aprendieron, lo que hablaron, lo que leyeron y hasta lo que compraron esas mujeres del rural, caracterizadas como *viudas blancas*, desafía las suposiciones de su pasividad y aislamiento que siempre las han caracterizado.

### **PALABRAS CLAVE:**

Emigración; franquismo; género; *viudas blancas*; mujeres rurales; Andalucía, Extremadura.

### **ABSTRACT**

In the history of Spain, the 1960s is the period of the development and the growth of cities. Our purpose with this article is to look at Franco's developmentalism, but not from the city perspective. We consider it from the rural viewpoint, considering the phenomenon of emigration and the history of women, but not basing it on those who left, but rather on the women who stayed. The article, based on unpublished testimonies and novel documentation from local archives, maintains that the reality of male emigration contributed to modifying the roles and responsibilities assumed by women in rural Andalusia and Extremadura. Although the absence of their husbands did not end the gender hierarchy and the inequality that characterized the relationship between men and women, it did lead women to assume *additional* duties, often leading to them acquiring the role of *head of family* or *household breadwinners*. What they assumed, what they learned, what they spoke about, what they read and even what these rural women, characterized as *white widows*, bought defies the assumptions of their passivity and isolation that have previously them.

### **KEYWORDS:**

Emigration; Francoism; gender; *white widows*; rural women; Andalusia; Extremadura.



Artículo recibido el 7-11-2022 y admitido a publicación el 29-12-2022.

<https://doi.org/10.5565/rev/rubrica.287>

*Rubrica Contemporanea*, vol. XII, n. 23, 2023  
ISSN. 2014-5748



En la historia de España, los años sesenta del siglo XX son los años del *desarrollismo*. Años en los que se afianza lo que los historiadores han venido a denominar como *segundo franquismo*, una etapa de la dictadura de Franco que ha sido analizada fundamentalmente desde el ámbito urbano. Si rastreamos muchas de las investigaciones que se han ocupado de ese período, comprobaremos que aún hoy en día un amplio número de historiadores y especialistas sigue entendiendo a la ciudad como el escenario donde tienen lugar los principales acontecimientos. No es nuestra intención realizar aquí una exposición detallada de esos trabajos, nos ocuparía un espacio que no tenemos. Sólo indicaremos, como muestra de lo que decimos, que en buena parte de los manuales académicos –tanto de la enseñanza media como superior–, las ciudades españolas siguen presentándose como los escenarios de la modernidad social, de los movimientos políticos e ideológicos más avanzados y del progreso económico que trajo consigo el cambio de política económica que acometió el grupo de ministros del Opus Dei que llegaron por primera vez al Gobierno de Franco el 25 de febrero de 1957.

Nuestro propósito con este artículo es mirar al desarrollismo, pero no desde la ciudad. Lo queremos hacer desde el mundo rural, desde el fenómeno de la emigración y desde la historia de las mujeres, pero no de las que se fueron, sino de las mujeres que se quedaron. De la misma manera que la historia del desarrollismo se ha analizado desde una visión urbanocéntrica, la historia de la emigración tradicionalmente se ha relatado desde una visión androcéntrica, desde el hombre que emigra, y no desde la mujer que se queda y que experimenta un cambio radical en su manera de vivir. Esta investigación que proponemos precisamente viene a hacerse cargo de ese otro relato, el de las mujeres que permanecieron en sus municipios durante la dictadura franquista mientras sus maridos se veían estructuralmente obligados a emigrar a ciudades españolas o bien fuera de España por el desigual desarrollo del capitalismo a escala internacional y nacional. Ese relato, el de aquellas mujeres, ha sido históricamente encubierto, olvidado e infravalorado.

El artículo se enmarca metodológicamente en el género testimonial para dar voz a esas mujeres rurales de Andalucía y Extremadura, dos regiones españolas en las que, como repetidamente se ha indicado, el fenómeno de la emigración tuvo una especial incidencia<sup>1</sup>. El crecimiento industrial, siguiendo la tendencia marcada desde comienzos del siglo XX, se concentró en el triángulo Barcelona-Vizcaya-Madrid, con importantes consecuencias para la distribución regional de la población: esas áreas industriales y las ciudades del Levante recibieron cientos de miles de emigrantes llegados especialmente de Andalucía y Extremadura. La apertura de la economía española al exterior actuó también como fuente de crecimiento. El aumento de las exportaciones siempre fue menor que el de las importaciones, pero ese desequilibrio pudo financiarse gracias a las remesas enviadas por los emigrantes, a las inversiones extranjeras y a las divisas proporcionadas por el turismo. El flujo migratorio al extranjero, principalmente a Francia, Suiza, Bélgica y Alemania, que llevó entre 1960 y 1975 a tres millones de españoles a residir en esos

---

1. Varios estudios estadísticos lo demuestran. Véase Albert CARRERAS y Xavier TAFUNELL (coords.), *Estadísticas Históricas de España. Siglos XIX y XX*, Bilbao, Fundación BBVA, 2005, (especialmente el capítulo de Roser NICOLAU, “Población, salud y actividad”, pp. 77-154, y cuadro de la página 126); Joaquín AZAGRA ROS, et al., *La localización de la población española sobre el territorio un siglo de cambios: un estudio basado en series homogéneas (1900-2001)*, Bilbao, Fundación BBVA, 2007. Para Andalucía, puede consultarse Gaspar LLANES DÍAZ-SALAZAR, “La dinámica de la población en Andalucía: transición y cambios en el siglo XX”, *Boletín económico de Andalucía*, 25 (1999), pp. 129-152, y para Extremadura la tesis doctoral de Antonia M<sup>a</sup> Milagros DURÁN HERRERA, “Población y territorio en Extremadura. Siglos XVIII-XX”, UNED, 2005.

países por motivos de trabajo, estuvo protagonizado de nuevo por andaluces y extremeños<sup>2</sup>.

Como vemos, el análisis de las causas de la emigración en la España de los cincuenta y sesenta del siglo XX conlleva tener muy presente a la dictadura franquista y a su política económica en los años del desarrollismo. Sin embargo, también nos obliga a conocer que el funcionamiento de una economía cada vez más global e interconectada con los mercados redefinió la relación entre el mundo rural y el mundo industrializado, proceso en el cual cambiaron visiblemente los roles económicos, cívicos y comunales de las mujeres rurales. En efecto, las andaluzas y las extremeñas vivieron el desarrollismo como una realidad marcada por la ausencia, la pérdida y el abandono, pero también de manera singular por el patriarcado y el machismo. La incorporación al mercado laboral en condiciones precarias, la falta de derechos derivadas del hecho de ser mujer y del matrimonio, la gestión de los cuidados, la pobreza, la relación con el entorno y otros muchos más aspectos salen a la luz de unas voces que, pese a los embates de la vida, nunca dejaron de *trajinar sin descanso* para sacar adelante a sus familias, un trajín que entró en tensión con los roles femeninos y el modelo de feminidad que desde la dictadura se proyectaban y difundían.

Andalucía y Extremadura nos ofrecen una evidencia del papel que representó el género en la transformación del mundo rural. El peso de lo rural en estas dos regiones y su amplia diversidad convierten a Andalucía y Extremadura en un laboratorio excepcional para esta investigación, que tiene como objetivo principal demostrar que las mujeres rurales y campesinas no se quedaron ni en silencio ni mirando al mundo sin moverse<sup>3</sup>. Las trayectorias de vida de las andaluzas y las extremeñas rurales que vieron marchar a sus maridos pueden ser un magnífico testimonio de las formas complicadas y complejas en que las mujeres participaron en la transformación de los sistemas económicos y en el surgimiento y conformación de nuevos mercados de trabajo y relaciones de género, así como de nuevos *manejos* políticos en el ámbito local.

Pensamos que esta manera de analizar la emigración y el mundo rural puede resultar ampliamente novedosa. La historia se ha ocupado principalmente y hasta ahora de los hombres migrantes por ser los que en mayor número se marcharon, y ha oscurecido a las mujeres que *se quedaron atrás* y han sido definidas como “viudas blancas”<sup>4</sup> o “viudas de vivos”, como las llamó Rosalía de Castro. En la historiografía, el migrante varón ha permanecido como objeto privilegiado de estudio. Académicos y científicos sociales, e incluso cineastas y narradores literarios, han fortalecido las divisiones de género al identificar la migración con el hombre y la *casa* con la mujer. Pocos estudios rigurosos han optado por ocuparse de comprobar el impacto de la migración de los años cincuenta y sesenta del siglo XX en las mujeres que no se fueron, y menos aún, el impacto



2. Ana Isabel FERNÁNDEZ ASPERILLA, “La emigración como exportación de mano de obra: El fenómeno migratorio a Europa durante el franquismo”, *Historia social*, 30 (1998), pp. 63-81. De la misma autora, “Estrategias migratorias. Notas a partir del proceso de la emigración española en Europa (1959-2000)”, *Migraciones & Exilios: Cuadernos de la Asociación para el estudio de los exilios y migraciones ibéricos contemporáneos*, 1 (2000), pp. 67-94.

3. Puede consultarse al respecto Teresa María ORTEGA LÓPEZ y Ana CABANA IGLESIA, “*Haberlas, haylas*”: *Campesinas en la historia de España en el siglo XX*, Madrid, Marcial Pons, 2021.

4. Véase el documental elaborado en 2012 por Ana PÉREZ, Dailo BARCO y Estrella MONTERREY titulado *Viudas blancas*, (2012), [https://sede.mcu.gob.es/CatalogoICAA/Peliculas/Detalle?Pelicula=89212#p\\_artistas](https://sede.mcu.gob.es/CatalogoICAA/Peliculas/Detalle?Pelicula=89212#p_artistas). En él se cuenta la emigración canaria a Latinoamérica en los años 1950.

de aquella migración en los cambios de roles y responsabilidades asumidos por las mujeres<sup>5</sup>. Como hemos adelantado ya, nuestro propósito es estudiar la migración desde la perspectiva de las mujeres que permanecieron en casa y cómo la emigración masculina transformó las relaciones de género en las comunidades rurales. Consideramos que la emigración de los varones reconfiguró las relaciones de género en muchos pueblos de Andalucía y Extremadura. Madres, esposas e hijas, mujeres rurales todas ellas, actuaron como ejes y puntales destacados para garantizar la supervivencia de sus familias, pero también de sus propias comunidades.

### Género, emigración y franquismo

Generalmente se han mostrado a las mujeres rurales viviendo en un mundo enclaustrado. Es cierto que se les ha otorgado en muchas ocasiones algún grado de autoridad moral dentro del hogar y de la familia, pero no lo es menos que se les ha negado cualquier influencia política o económica. Como consecuencia de opiniones y consideraciones alejadas de la realidad objetiva, estas mujeres se han quedado en la sombra frente a la luz que ha enfocado a las mujeres urbanas o a los hombres del campo.

Es conveniente que los prejuicios urbanocentristas, agrocentristas y androcentristas, causantes como tantas veces hemos advertido del descuido historiográfico que pesa sobre la población femenina, sean trasladados a los márgenes para que las mujeres rurales tomen los papeles principales y protagonistas de *jefas de familia*, de trabajadoras y de ciudadanas. Cambiar el centro de atención no sólo cambiará la luz y la sombra, permitiéndonos ver la vida de actores previamente invisibles, sino que también nos permitirá obtener nuevas conclusiones sobre las historias conocidas. La historia de estas mujeres nos recordará que la ciencia histórica se teje a partir de múltiples narrativas y relatos, muchas veces superpuestos y muchas veces contradictorios.

En esto puede ayudarnos el cambio significativo que en las últimas décadas ha habido en los enfoques adoptados para analizar el mundo rural y la evolución de la agricultura contemporánea en nuestro país. Los historiadores y las historiadoras están desafiando con sus investigaciones los paradigmas dominantes en la historiografía española, aseverando que las explicaciones obtenidas al día de hoy sobre lo rural y lo agrario han superado y complejizado la narración forjada en las décadas centrales del siglo XX y los primeros años de la democracia sobre la propia historia de España de los siglos XIX y XX<sup>6</sup>. Tal circunstancia ha permitido que abandonemos aquella premisa de que el mundo rural sólo podía entenderse en comparación con el mundo urbano e industrial. Por el contrario, recientes investigaciones superan aquel reduccionismo de que lo rural y lo agrario era visto como un *atraso* o como un *problema* en comparación con la *modernidad* localizada en las grandes ciudades, que albergaban importantes centros fabriles y un tejido empresarial claramente capitalista. Una consecuencia de este enfoque fue el considerar el mundo rural como *extraño* en un contexto desarrollista, como un mundo monolítico, inmutable y subdesarrollado. Al adoptar, sin embargo, un enfoque

5. Para el período previo al nuestro destacamos María Eugenia MONZÓN PERDOMO, ““Mujeres solas”. Luces y sombras de la emigración canaria a América (siglos XVIII-XIX)”, *Anuario de Estudios Atlánticos*, vol. AEA, 65 (2019), pp. 1-24.

6. Buena parte de lo que señalamos queda expuesta en los diferentes capítulos del libro Teresa María ORTEGA LÓPEZ y Francisco COBO ROMERO (eds.), *La España rural, siglos XIX y XX. Aspectos políticos, sociales y culturales*, Granada, Comares, 2011.

interdisciplinar –combinando la historia social y política con los estudios culturales, la antropología, la sociología, la lingüística, la agroecología y la historia ambiental–, aquella consideración se ha reemplazado por un mundo rural marcado por la diversidad y la complejidad política, social y económica, hasta el punto de que la aplicación de los nuevos paradigmas le han otorgado a lo rural y a lo agrario sus propias historias.

Sin negar la importancia de esas excelentes y novedosas investigaciones, la historia de las mujeres rurales y campesinas sugiere que debemos mover el género al centro del escenario al revisar nuestra comprensión del mundo rural y agrario. Pocos estudios históricos han desafiado la invisibilidad de las mujeres rurales de la edad contemporánea e incluido el género como una categoría significativa de análisis<sup>7</sup>. De ese modo, las mujeres del mundo rural siguen *guardando silencio*, el cual se identifica como una señal de sumisión. Escribir la historia de estas mujeres rurales debe llevarnos a la conclusión de que las apariencias suelen ser engañosas y de que el género es tan importante como los demás enfoques indicados para explicar la diversidad de los desarrollos sociales, económicos y políticos de los espacios rurales<sup>8</sup>. Como hemos indicado, los novedosos y recientes estudios realizados hasta el momento sobre el mundo rural y agrario describen una sociedad variada, dinámica y cambiante, en la que las relaciones de poder, riqueza y estatus social cambian constantemente en respuesta a factores externos e internos. No obstante, esos estudios sólo cuentan la mitad de la historia de ese mundo. Consideramos que las mujeres rurales también respondieron a las cambiantes condiciones económicas y políticas experimentadas por las sociedades rurales.

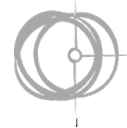
Para fijar más este objetivo, hemos centrado nuestra investigación en aquellas comunidades rurales que más sufrieron el impacto de la emigración de los años cincuenta y sesenta del siglo XX. Si por algo se caracterizó la llegada de los tecnócratas al Gobierno fue por la puesta en marcha el 21 de julio de 1959 del Decreto Ley de Nueva Ordenación Económica, conocido como Plan de Estabilización. Todos los especialistas coinciden en señalar que el Plan de Estabilización fue una respuesta pragmática a la bancarrota económica y al desgaste del modelo político en el que se encontraba el franquismo. Asimismo, coinciden en señalar también que el Plan de Estabilización fue el principal determinante del crecimiento económico que se inició desde mediados de la década de 1960 y se mantuvo hasta la crisis internacional de 1973. Permitió que la economía española se beneficiase del fuerte desarrollo económico que los países occidentales capitalistas habían comenzado a vivir desde comienzos de los años 1950<sup>9</sup>. Los elevados costes sociales de esas medidas, especialmente en lo que se refería al descenso de los salarios y al aumento del paro, encontraron una válvula de escape en la emigración a los países europeos que reclamaban entonces mano de obra.

En Andalucía como en Extremadura, muchos hombres y mujeres vieron desaparecer sus medios de subsistencia, tanto en la autarquía como en las transformaciones que comenzó a experimentar el mundo rural y la agricultura en aquellas

7. Ana CABANA IGLESIA, “En femenino plural. La perspectiva de género en la historia rural”, en David SOTO FERNÁNDEZ y José Miguel LANA BERASIN (dirs.), *Del pasado al futuro como problema: la historia agraria contemporánea española en el siglo XXI*, Zaragoza, PUZ y Sociedad Española de Historia Rural, 2018, pp. 189-208.

8. Así nos lo ha indicado la reciente Premio Nacional de Historia Ofelia REY CASTELAO en su libro *El vuelo corto. Mujeres y migraciones en la Edad Moderna*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2021.

9. Carlos BARCIELA *et al.*, *La España de Franco (1939-1975). Economía*, Madrid, Síntesis, 1999.





fechas, lo que les empujó a buscar fortuna en otros lugares<sup>10</sup>. El declive de las oportunidades locales de ganar salarios, combinado con la falta de nuevas industrias, no dejaba opciones. No había fábricas en las ciudades vecinas y muchos tuvieron que marcharse lejos, a la capital o a las ciudades españolas del norte y del nordeste, allí donde la política y los intereses económicos habían fijado el tejido industrial y empresarial. Además, incluso otros muchos tuvieron que abandonar el país y aventurarse en una Europa que reclamaba una mano de obra escasamente cualificada para ocupar los puestos desechados por la población autóctona.

¿Qué pasó entonces en sus casas y en las comunidades rurales en las que residían? Tal y como han mostrado algunas investigaciones que se han fijado en otras regiones españolas (Galicia fundamentalmente)<sup>11</sup> y otras geografías más lejanas a la española (América Central, África occidental y oriental, el sur de Asia)<sup>12</sup>, pero afectadas ampliamente por el fenómeno migratorio, la emigración masculina reposicionó a las mujeres rurales de estas dos regiones del sur español, no sólo en sus comunidades locales, sino también en la comunidad nacional. La ausencia de sus maridos, de sus padres y de sus hermanos, aunque no acabó con la jerarquía de género y con la desigualdad que caracterizaba la relación entre hombres y mujeres, las llevó a asumir nuevos roles y deberes *adicionales*.

256

En ese cambio de roles intervinieron la carga de trabajo asumida por la esposa o por la hija, el acceso a recursos productivos –gestión de la tierra, del ganado, de la propiedad– y a nuevas oportunidades de empleo, así como la toma de decisiones en el hogar y el interactuar de manera frecuente con instancias locales y estatales. Su faceta adquirió muchas veces la imagen de *jefa de familia* o de *sostenedoras de hogar*, lo que favoreció, de un lado, que las mujeres rurales desplegasen una *agencia transformadora*, entendida en forma de ruptura con el pasado al ampliar su participación en las sociedades rurales como resultado de la emigración masculina. En sus vidas, las nociones de matrimonio, maternidad, trabajo e incluso el mismo sentido de *ser españolas* adquirieron nuevos significados. Por otro, alcanzaron un *empoderamiento*, aunque fuera de manera *inconsciente*. En este momento se forjaron nuevas identidades sociales y políticas a partir de las ya existentes.

Mucho de lo indicado lo vemos reflejado en los testimonios recabados hasta el momento, así como en la documentación consultada en diferentes archivos. Precisamente, los primeros han sido de vital relevancia para articular y concretar el camino que hubieron de transitar estas mujeres rurales en ausencia de sus esposos. En este sentido, para este artículo han sido tres las mujeres entrevistadas, elegidas al representar todas ellas ejemplos reales y complementarios de lo acontecido en el área rural de la provincia de Granada:

---

10. Francisco COBO ROMERO y Teresa María ORTEGA LÓPEZ, “Hambre, desempleo y emigración. Las consecuencias sociales de la política agraria autárquica en Andalucía oriental, 1939-1975”, *Hispania: Revista española de historia*, vol. 64, 218 (2004), pp. 1.079-1.112. También Angelina PUIG VALLS y Teresa María ORTEGA LÓPEZ, *Andalucía y Catalunya. Dictadura y emigración*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2019, <https://doi.org/10.3989/hispania.2004.v64.i218.180>.

11. Pilar ALONSO, *Viudas de vivos. La mujer en la Galicia rural del siglo XIX y principios el XX*, Madrid, Planeta, 2016; Inma CHACÓN, *Tierra sin hombres*, Madrid, Planeta, 2016.

12. Anuja KAR *et al.*, “Male outmigration and women's work and empowerment in agriculture: the case of Nepal and Senegal”, Washington, D.C., World Bank Group, 2018, <http://documents.worldbank.org/curated/en/653481530195848293/Male-outmigration-and-womens-work-and-empowerment-in-agriculture-the-case-of-Nepal-and-Senegal>.

- Ana. R. A. (n. en Puerto Lope, 25-5-1936), entrevistada el 13 de abril de 2022 y asistida por su hijo mayor José M. R. (n. en Domingo Pérez, 10-11-1959), que nos muestra una emigración de larga distancia y prolongada en el tiempo, puesto que su marido marchó a Alemania durante la primera mitad de la década de 1960 y su estancia allí se prolongó por diez años.
- María Josefa C. R. (n. en Huélagos, 25-8-1949), entrevistada el 30 de junio de 2022 y asistida por su hija mayor María Mercedes T.C. (n. en Iznalloz, 1-5-1969), cuyo marido emigró a Suiza a primeros de los años 1970 para nunca volver.
- Josefa S. F. (n. en Montillana, 2-6-1949), entrevistada el 10 de junio de 2022, que vivió el fenómeno migratorio desde otra perspectiva, puesto que su esposo fue un migrante temporero.

Sus testimonios responden a las preguntas planteadas sobre el contexto de la emigración –cuál era la situación socioeconómica en sus municipios, a qué destinos se comenzó a emigrar, cómo se fue gestando la idea de la emigración– y acerca de cómo era la vida tras la emigración del marido –cómo hubo de organizarse y administrar los recursos de la familia, cuáles eran sus trabajos, cómo se comunicaba con el marido o cuál era la relación con la comunidad–, lo que confirma el protagonismo que hubieron de adquirir estas mujeres rurales para el sostenimiento de sus familias. Sus respuestas nos permiten articular ese camino al que aludíamos antes con tres palabras: sacrificio, soledad y retorno.

### Mujeres solas: sacrificio, soledad y retorno

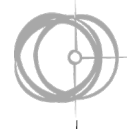
Tres de los grandes problemas que había arrastrado la España de Franco durante la década de los cuarenta todavía eran visibles y notorios –especialmente en el mundo rural– a finales de la década de 1950. Por un lado, la carestía de la vida y el paro obrero, que dificultaban el acceso a los alimentos y perpetuaban la miseria de la realidad social rural<sup>13</sup>; y por otro, la cuestión vital de la vivienda que, en la mayoría de las ocasiones, no reunía las mínimas condiciones de habitabilidad<sup>14</sup>. Todo ello se demostraba, por ejemplo, en la localidad de Ahillones (Badajoz), donde se daba por solucionado temporalmente el problema de la vivienda gracias a la emigración, porque “con las actuales que están deshabitadas existen suficientes” teniendo en cuenta “el número de familias que han marchado de la localidad”, y el único remedio para atender al paro agrícola, un asunto “grave y urgente”, era la realización de distintas obras públicas: arreglos o reparaciones de caminos o la construcción de infraestructuras como los “grupos escolares”<sup>15</sup>. En el vecino municipio de Almendral, la encargada de la limpieza de las dependencias municipales solicitaba un aumento de sueldo ya en 1964, debido a que “el elevado coste de la vida” hacía “insuficiente la gratificación” que percibía<sup>16</sup>. Del mismo modo ocurría

13. Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO, “¿Se acabó la miseria? La realidad socioeconómica en los años cincuenta”, en ídem y Claudio HERNÁNDEZ BURGOS (eds.), *Esta es la España de Franco. Los años cincuenta del franquismo (1951-1959)*, Zaragoza, PUZ, 2020, pp. 53-58.

14. Gloria ROMÁN RUIZ, *Franquismo de carne y hueso. Entre el consentimiento y las resistencias cotidianas (1939-1975)*, Valencia, PUZ, 2020, pp. 78-87.

15. Según la sesión ordinaria del 15-6-1960, ARCHIVO MUNICIPAL DE AHILLONES, ES.06.AMUAH/1.1.01//11.5.

16. Según la sesión extraordinaria del 20-12-1964, ARCHIVO MUNICIPAL DE ALMENDRAL, ES.06008.AMALM/1.1.01//35.2.



en Andalucía, donde encontramos localidades como la granadina de Montejícar, en la que todavía entre los años 1958 y 1960 seguían engrosando las listas de pobres en el padrón de beneficencia más de 100 familias<sup>17</sup>.

La dictadura franquista se había mostrado, por tanto, totalmente ineficaz a la hora de superar estructuralmente tales dificultades a través de la autarquía económica. Como válvula de escape se había iniciado una dinámica migratoria dentro del país, comenzada ya durante los años de posguerra, que se tornó masiva en la década de 1950, especialmente protagonizada por la población de la Andalucía Oriental que eligió Cataluña como destino preferente<sup>18</sup>. Es el caso de la familia de Santiago Cosme, natural de Marbella, que junto con su esposa Dolores Giral y sus cuatro hijos se trasladaron en 1952 a Santa Coloma de Gramenet (Barcelona)<sup>19</sup>. El alivio por la situación internacional permitió al régimen franquista, igualmente, impulsar una migración española hacia Europa para mitigar la precaria situación de millones de españoles y españolas<sup>20</sup>.

En las comunidades rurales andaluzas y extremeñas, las familias –que constituían el eje central de estas– emprendieron una auténtica odisea por la salvaguarda de su prole y por la construcción de un futuro marcado por la esperanza de alcanzar la prosperidad. Tradicionalmente, hemos considerado que las emigraciones –tanto internas, hacia el norte de España, como externas, hacia Europa–, protagonizadas principalmente por los hombres cabezas de familia ordenaron toda una serie de aventuras y vicisitudes para quienes tomaron con firmeza su maleta y dejaron atrás su pueblo, sus campos, sus parientes y, en definitiva, su forma de vida. Sin embargo, las emigraciones han sido procesos mucho más complejos y poliédricos, pues el trabajo en las fábricas nacionales o extranjeras integró solamente la punta de un iceberg con una base mucho más ancha. En primer lugar, porque la decisión, muy a menudo, fue consensuada entre ambos elementos del matrimonio y, cuando no lo era, ambos cónyuges entendían que la emigración se erigía como la única solución para el éxito y bienestar del núcleo familiar al completo. En segundo lugar, porque quienes soportaron sobre sus hombros el otro pilar de la emigración –uno lo constituía el trabajo del hombre en su nuevo destino– fueron las mujeres que, sin sus maridos, tuvieron que permanecer en un ambiente socioeconómico depauperado, con hijos pequeños a cargo y sin la figura del hombre, que para el franquismo era fundamental y primordial en su ideal de familia.

### Sacrificio: “allí se ganaba más”

Las comunidades rurales andaluzas y extremeñas de los años 1950 y 1960 tenían muy presente el fenómeno de la emigración estacional, puesto que era una práctica común de los elementos jóvenes y masculinos de estas. Natural de Domingo Pérez (Granada) y trabajador del campo desde pequeño, Anselmo M. marchó a Pont de Suert (Barcelona) en 1957 con la idea de ocuparse temporalmente en unas minas de carbón necesarias para la

17. “Padrón Municipal del año 1958, 1959, 1960”, ARCHIVO MUNICIPAL DE MONTEJÍCAR, caja 243, pieza 3.

18. Enrique TUDELA VÁZQUEZ, “Vidas en movimiento: migraciones a Barcelona durante el primer franquismo”, en DEL ARCO y HERNÁNDEZ BURGOS, *Esta es la España de Franco. Los años cincuenta del franquismo (1951-1959)*, pp. 142-143.

19. Según la sesión ordinaria de la Comisión Municipal Permanente del 16-2-1952, ARCHIVO MUNICIPAL DE MARBELLA [en adelante, AMMB], Sección 2.00.00, caja 218-02.

20. BARCIELA *et al.*, *La España de Franco (1939-1975). Economía*, p. 295.



producción eléctrica. De vuelta a su pequeña localidad, contrajo matrimonio con Ana R. y entre 1958 y 1964 llegaron un hijo y dos hijas. Anselmo seguía combinando el trabajo en el campo en el municipio granadino con las emigraciones temporales, tanto a Barcelona como a Francia, a trabajar en los viñedos<sup>21</sup>. Del mismo modo ocurrió con otro joven matrimonio de Iznalloz (Granada): en 1969 y con tan solo veinte años, María Josefa había dado luz a su primera hija. Su marido emigraba por temporadas a Francia y a Suiza e incluso ella lo había visitado en el país suizo antes de que la emigración se tornara definitiva. En aquella ocasión, María Josefa había permanecido allí unos meses en los que había sentido “un cambio muy brusco” que no le gustó y se volvió a Iznalloz en 1971, ya embarazada de su segunda hija<sup>22</sup>.

Por esta razón –las familias prosperaban parcialmente con el dinero procedente del trabajo temporal fuera de la localidad–, tanto esposas como maridos comprendían la oportunidad que les brindaba la emigración, ya no sólo para mejorar sus condiciones materiales de vida, sino también para alcanzar un determinado estatus social dentro de la comunidad rural, especialmente personificado en la propiedad: de la tierra y de una vivienda con suficientes medios. Con esa perspectiva, los jóvenes matrimonios de los años 1960 se plantearon una emigración definitiva de toda la familia –con la intención de volver– o, cuando esto no era materialmente posible, la emigración única del marido, cabeza del núcleo familiar, por un tiempo más prolongado del habitual en las emigraciones temporales. No fue una decisión fácil de tomar, y en la mayoría de las ocasiones estuvo consensuada entre ambos cónyuges, conscientes de su realidad social y económica dentro de la comunidad rural. Se trataba de un duro sacrificio necesario por el bien y el progreso familiar.

Las razones más acuciantes que determinaron la emigración fueron la carestía de la vida y el paro agrícola. Javier Lacarra, un sacerdote destinado en Bonn como director nacional de los capellanes de emigrantes españoles en Alemania, aseveraba que el motivo principal de la emigración era “el deseo de labrar un futuro más seguro que tendrá como premisa un sacrificio muy grande y un espíritu de ahorro fuera de lo común”<sup>23</sup>; y el mismísimo ministro de Vivienda, José Luis Arrese, creía que la única forma de solucionar el problema del campo era hacer que “en los pueblos se viva mejor” para lo que se debía “proporcionar un ingreso seguro y constante que en la agricultura falta”<sup>24</sup>. Salir adelante, por tanto, era difícil, más en unas comunidades rurales dedicadas prácticamente en su totalidad a las labores agrícolas del “maíz, la aceituna, el girasol, todo lo que se daba en el campo” muy marcada por la estacionalidad, puesto que “siempre había alguna cosilla, pero en temporadas, tampoco siempre”<sup>25</sup>. De la localidad cacereña de Hervás, en la Alta Extremadura, se decía que era un “pueblo grande y su término municipal pequeño, de forma que viviendo principalmente de la agricultura es difícil que [se] pueda prosperar”<sup>26</sup>.

21. Anselmo M. G., esposo de Ana R. A. (n. en Domingo Pérez, 25-7-1932).

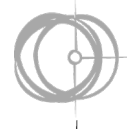
22. María Josefa C. R.

23. “El problema de la vivienda es uno de los más graves para los españoles en Alemania”, *Imperio: Diario de Zamora de Falange Española de las JONS*, 3-12-1961, año XXVI, n. 7.930, p. 3.

24. *Diario de Burgos*, 7-4-1957, año LXVII, n. 20.219, pp. 7-8.

25. María Josefa C. R.

26. Ramón RUBIO HERRERO, “Hervás. Ayer, hoy, mañana de su vida económica”, *Hervás: Ferias y Fiestas*, julio de 1940, pp. 37.



Ana R. resume muy bien cuál era la situación de la mayoría de la población jornalera en los campos de secano de la provincia granadina:

Aquí no se podía tirar. No podíamos. Porque es que no ganabas para poder tirar de la vida. Ibas y ganabas el jornal y estabas esperando que viniera para ir a cobrarlo para poder comprar para comer, pues ya te quedabas así, mirando otra vez, ya te quedabas mirando. El día que ganabas el jornal, porque el día que no, que llovía o hacía mal tiempo, no ganabas jornal y ya...<sup>27</sup>.

Por eso, y siguiendo el ejemplo de muchos hombres del pueblo de Domingo Pérez, su marido Anselmo emigró a Alemania en 1964, cuando su tercera hija apenas tenía cuarenta días de edad.

Por su parte, María Josefa todavía recuerda que aquella fue una decisión muy difícil de tomar. Los salarios en el campo eran “de pena” porque “daban muy poquito” con unas condiciones laborales extremas ya que “allí no había reloj, mañana, tarde y ya está”. En el mundo rural “no había [trabajo] suficiente” y “al cambiar la moneda de allí [a la de] aquí [...] aquello en pesetas [...] sí [...]se vivía mejor”. A pesar de que la emigración no era algo que le gustara en demasía, ella entendía que “allí se ganaba más” y que su marido “lo intentó”. En 1972 tuvo a su segunda hija, para lo cual su esposo había retornado eventualmente a Iznalloz. La idea principal del cabeza de familia era emigrar con la familia al completo a Suiza y establecerse definitivamente allí, para lo que incluso se llevó todos los documentos familiares necesarios para ello en el viaje de vuelta al país europeo que realizó cuando su segunda hija apenas tenía once días<sup>28</sup>.

260

Sin sus maridos, las mujeres se quedaron solas en unas comunidades rurales que, en gran medida, se sostuvieron precisamente gracias a ellas. En localidades como la granadina de Domingo Pérez, prácticamente emigraron todos los hombres del pueblo con destino Alemania, en el que “nada más [quedaron] mujeres y niños”<sup>29</sup>. En el vecino término de Iznalloz “la gente emigraba muchísimo”<sup>30</sup>. Quienes no lo hicieron eran afines a la dictadura franquista y poseían la propiedad de la tierra, y como “tenían algo [...], ya no les precisaba irse”<sup>31</sup>. De este modo, aunque con menos importancia, existió al mismo tiempo un componente sociopolítico en estas emigraciones, pues una gran parte de sus protagonistas pertenecían a ramas familiares relacionadas con el bando vencido en la contienda civil. El caso de Ana y Anselmo, por ejemplo, es paradigmático. Ana había nacido en 1936 y no conoció a su padre hasta los nueve años, ya que éste había tenido que partir hacia el exilio en Francia al finalizar la guerra de España. Su marido, Anselmo, nacido en 1932, se quedó solo por las calles del pueblo de Domingo Pérez cuando era un niño de siete años al ser sus padres encarcelados en la prisión de Iznalloz porque “eran rojillos”<sup>32</sup>.

Así pues, esposas y maridos entendieron que la emigración constituía una enorme oportunidad de futuro, pero para ello habían de llevar a cabo un sacrificio triple. Por un lado, el marido tenía que emigrar a un lugar desconocido en el que la rutina diaria era el trabajo. Por otro, las esposas se quedaban solas en sus comunidades rurales, muy a

---

27. Ana R. A.

28. María Josefa C.R.

29. Ana R. A.

30. María Josefa C. R.

31. Ana R. A.

32. Anselmo M. G.

menudo con hijos pequeños a su cargo, encargadas del día a día y de una gran parte del sostenimiento económico familiar. Todo ello, por último, a partir de la separación de la familia, núcleo central de la vida de las comunidades rurales.

### Soledad: “yo sola para todo”

En el mismo instante en que los maridos partieron, sus esposas se quedaron solas para todo: “entonces, de aquí para acá, yo sola, a tirar de las niña”<sup>33</sup>. Se convirtieron, así, en el pilar básico para el sustento familiar. Con el deber de cuidar de sus hijos e hijas pequeñas, volvieron su mirada hacia la familia extensa en busca de ayuda. En ocasiones, esta asistencia llegó a ser ínfima y, a veces, la situación socioeconómica y sanitaria de la familia extensa no hizo sino que las mujeres cargaran con otra losa a sus espaldas. María Josefa no trabajaba cuando su marido emigró en 1972 y todavía vivía en la casa de sus padres. Su madre había muerto y su padre tenía una parálisis, por lo que también había de cuidar de él, ya que sus hermanos “vivían en Granada” y la “ayudaban como podían, pero los pobres...”. María Josefa, sus dos hijas y su padre vivían de “la chispilla de pensión” de este último<sup>34</sup>.

Ana se quedó sola cuando Anselmo emigró a Alemania en 1964. Como era natural de Puerto Lope (Granada), no tenía familiares en la localidad de Domingo Pérez, donde se habían instalado. No hubo de esperar mucho para que las cosas se torcieran. Su última hija, que tenía cuarenta días cuando Anselmo se marchó, nació con una hernia en la ingle y “con cualquier movimiento que hacía pues ya estaba llorando”. El médico del pueblo tan solo le mandó venderla, pero ella no sabía cómo hacerlo, por lo que decidió comprar vendas y algodón y entregarle el material al médico, a lo que este respondió que “cuando sea grande la operas”. Ana se encontraba sola y desesperada, porque su hija menor ya tenía cuatro meses y “no tenía el peso de un recién nacido”. Desde ese momento, tuvo que organizar toda una hazaña por el bien de la salud de su pequeña: marchó a Píñar (Granada), donde vivía su hermana, a quien le dejó sus dos hijos mayores. Luego tomó el autobús hacia Granada, que en el camino se averió y no pudo llegar a las horas de las consultas del hospital. Acudió al taxi que iba hacia Puerto Lope y allí, en el asiento de atrás, intentó darle el pecho a su hija, pero “la niña no lo cogía, porque le dolía”. Al llegar a su pueblo natal, una vecina que también era madre les echó una mano y vendó a su hija con “madejas de algodón de ese de las morcillas, de atar las morcillas” y le dio un biberón. Después de eso, “nos quedamos dormidas y despertamos al otro día. La niña estaba rendida y yo también, pero fue medicina santa”. Pudo asistir por fin a un médico de la Chana (Granada) adonde la estuvo llevando “hasta que ya se puso mejor”. Para terminar esta historia, Ana apostillaba: “y yo *solica* y él en Alemania”<sup>35</sup>.

A pesar de la emigración de sus maridos, ellas tuvieron que ocuparse en distintos y diversos trabajos, al menos hasta que las remesas llegaran –si es que lo hacían– con regularidad. Ana se despertaba temprano por las mañanas, dejaba a sus hijos dormidos y “clareando el día” se marchaba al campo a espigar o se “iba al río a lavar”<sup>36</sup>. El marido de María Josefa no mandaba dinero desde Suiza y ella se tuvo que poner a trabajar “en lo

---

33. María Josefa C. R.

34. Idem.

35. Ana R. A.

36. Ídem.



que caía: si había que ir a al campo pues al campo, si había que ir a pintar, a pintar, si había que ir a limpiar a algún sitio, pues bueno, vamos a limpiar”. Además, estuvo yendo diez años como temporera a los viñedos de Francia. María Josefa afirma que “no hay ningún trabajo que me haya quedado por hacer”<sup>37</sup>. La propia prensa de la época se hacía eco del valor del trabajo de la mujer en el campo, donde ésta “trabaja tanto como el varón en las faenas agrícolas”, a lo que se añadían “las labores domésticas”<sup>38</sup>.

Como cabezas de familia –“más que la cabeza”<sup>39</sup>– y sostenedoras de la familia con la realización de multitud de actividades laborales, hubieron de organizarse e implicar a sus hijos en las tareas domésticas. Durante las temporadas que pasaba en la vendimia, María Josefa dejaba a su hija menor en Granada a cargo de una de sus hermanas y la mayor, que tan solo tenía cinco años, se quedaba en Iznalloz con sus abuelos paternos, al mismo tiempo que se encargaba de darle “una vuelta a mi abuelo [materno] que se quedaba solo. [...] Yo recuerdo ir sola a la vaquería a comprar leche y a llevársela y hervírsela y a dejarle algo preparado”. Cuando María Josefa se encontraba en el pueblo, se iba, “al ser de día a trabajar al campo y venía de noche”, por lo que su hija mayor, María Mercedes, tenía que quedarse con su hermana pequeña o hacer la comida<sup>40</sup>. El hijo mayor de Ana, José M., se tuvo que responsabilizar frecuentemente de sus hermanas pequeñas cuando contaba apenas con “cinco o seis añillos”<sup>41</sup>. En este sentido, los lazos de solidaridad entre las vecinas de estas pequeñas localidades representaron un papel destacado. Ana R. reconoce que “las vecinas nos echaban una mano” en el cuidado de los niños, “porque yo aquí [en Domingo Pérez] no tenía a nadie”<sup>42</sup>. María Mercedes rememora un día en el que, cuidando a su hermana –apenas un bebé–, no tenía la suficiente fuerza para cambiarla y hubo de recurrir a una vecina que “era como de la familia” llorando: “María, que mi hermana se ha hecho caca y no le puedo cambiar el pañal”<sup>43</sup>.

El único contacto y punto de comunicación entre los maridos emigrados y las esposas *solas* era a través de las cartas, lo que se instituyó como un asunto del que las mujeres hablaban mucho durante las horas que compartían de trabajo en el campo: “siempre se hablaba [...] oye pues mira el mío hace ya no sé cuánto que no ha escrito [...], pues cuando venga no sé qué, no sé cuánto”<sup>44</sup>, “¿y cuando viene el tuyo?, pues escucha, pues a mí me ha escrito y me ha dicho...”<sup>45</sup>. Y es que, a María Josefa, su marido solo le escribió al principio y las cartas que ella enviaba eran devueltas: “empezó a pasar el tiempo y empezó a olvidarse”. Por su parte, Ana R. tuvo que asistir a la escuela para aprender a leer y escribir por las tardes y las noches, con la intención de poder entender las cartas que enviaba su marido desde Alemania. El enorme peso del trabajo, de las actividades domésticas y el cuidado de sus hijos difícilmente le dejaba tiempo para acudir a estas clases que, además, debía pagar: “tuve que dejarla, porque ya no pude”. No

37. María Josefa C. R.

38. *Imperio: Diario de Zamora de Falange Española de las JONS*, 24-7-1962, año XXVII, n. 8.128, p.3.

39. María Josefa C. R.

40. María Mercedes T. C.

41. José M. R.

42. Ana R. A.

43. María Mercedes T. C.

44. María Josefa C. R.

45. Josefa S. F.

obstante, con lo que aprendió pudo escribir cartas a su marido, pero también a su hermano que había emigrado a Palma de Mallorca. Tanto Ana R. como María Josefa ayudaron a sus vecinas –bien pudiera ser como contrapartida por la ayuda mutua que se practicaba– a la hora de leerles las cartas que mandaban sus familiares emigrados. María Josefa explica que había “gente mayor” que no sabía leer y escribir y “a lo mejor le escribían los hijos” y ella les leía las misivas<sup>46</sup>. Ana R. incluso escribía las cartas de aquellas vecinas que no sabían escribir según sus órdenes: “muchas veces agarraba y se venían las vecinas, decían anda pon esto, pon lo otro”<sup>47</sup>.

Esta solidaridad vecinal entre las mujeres de los municipios se vio refrendada y aumentada conforme pasaba el tiempo, y ellas convivían con situaciones de vida cotidiana muy similares: trabajo, hijos y maridos emigrados. Además de la ayuda recíproca que mostraron las mujeres rurales en el ámbito del cuidado familiar para hacer posible la conciliación y las obligaciones laborales, se creó y acrecentó entre ellas un sentimiento de unión que parecía borrar las fronteras de parentesco y suplir las ausencias de los elementos masculinos de la familia. Solo desde esta perspectiva se puede entender, por ejemplo, lo que cuenta Ana R. respecto a varias vecinas con las que se hacía vida diaria: “hablábamos, nos juntábamos y hablábamos [...], nos sentábamos por las tardes en el fresco, si íbamos al río pues a lo mejor íbamos juntas”. Cuando llegaba diciembre y era tiempo de realizar la matanza, se organizaban y colaboraban entre ellas para hacerlas viables y posibles:

Nos acompañábamos las unas a las otras. Llegaba el tiempo de las matanzas, pues decíamos: hoy voy a hacer yo la matanza. Pues todos aquí en la casa, las que más...más nos llevábamos mejor, pues todos aquí comíamos...y todos estábamos aquí. Las otras, pues lo mismo: mañana la hago yo. Pues a su casa. Y así nos apañábamos<sup>48</sup>.

El propio hijo mayor de Ana recuerda que “nosotros hemos llegado a dormir en casa de otra familia” porque las mujeres “se juntaban, se hacían compañía” y “de vez en cuando dormíamos todos en una casa, todos en otra...”<sup>49</sup>.

Sin embargo, más allá del ámbito laboral y privado –ya fuera familiar o vecinal–, si hubo una área en la que las mujeres solas cobraron especial relevancia, fue en el espacio público. A decir verdad, los municipios rurales en los que los hombres emigraron continuaron su vida política, social y económica gracias a la actuación de las mujeres. Ello determinó dos cuestiones sumamente fundamentales. En primer lugar, motivó un cambio económico en las familias, que derivó, a su vez, en una transformación social. Cuando las remesas de dinero empezaron a llegar con una mayor regularidad desde Alemania hasta Domingo Pérez –unos tres o cuatro años después de la emigración del marido–, tanto Ana como Anselmo centraron sus objetivos en conseguir propiedades: una mejor vivienda y la adquisición de tierras que les pudiera dotar de una mayor estabilidad. En 1968 comenzó la construcción de una nueva vivienda, para lo que Ana tuvo que contratar al albañil que iba a trabajar en ello y, además, trabajar ella misma en esa obra: “a cribar tierra, llenar agua, subir los materiales a lo alto, todo...de peón albañil”. Al transcurrir escasamente unos años, la familia de Ana y Anselmo pasó de vivir en una casa

46. María Josefa C. R.

47. Ana R. A.

48. Ana R. A.

49. José M. R.





cuyos suelos “eran de piedra” a vivir en una casa con unas mayores condiciones de habitabilidad. Lo resume muy bien José M., el hijo de Ana:

Yo me acuerdo que el cambio de antes de Alemania a después de Alemania [...] fue un cambio brutal. Vivíamos allí en el pueblo en una casucha, con los suelos de tierra, a vivir en una casa con todos los medios...Fue montar la casa y un televisor en color, teníamos radio cassette, teníamos de todo, teníamos nuestras bicicletas, nuestras máquinas de escribir, en cuestión de tres años pasamos de no tener prácticamente nada a tenerlo todo, pues el cambio fue brutal<sup>50</sup>.

Cuando no se construían nuevas casas, se trataba de mejorar las existentes. Para ello, las mujeres que actuaban como cabeza de familia hubieron de acudir a los ayuntamientos para solicitar licencias de obras con el fin de obrar dichas reformas, “previo pago de los derechos fiscales”. Así lo hicieron María, Ana y Ángeles en la localidad de Reina (Badajoz) en 1954<sup>51</sup>, o Araceli Guzmán, de Huelma (Jaén) en 1961<sup>52</sup>, entre muchas otras mujeres. En el caso del municipio granadino de Campotéjar, entre 1963 y 1969, un total de 18 licencias de obras fueron concedidas a mujeres para, entre otras cosas, construir habitaciones o separarlas<sup>53</sup>, construir “un dormitorio, la cocina y en la parte de arriba una cámara”<sup>54</sup>, colocar “una solería nueva”<sup>55</sup> o techar la cochera<sup>56</sup>.

La otra parte consistía en hacerse con la propiedad de la tierra. Para el caso que estamos estudiando, la responsable fue Ana R., que buscó al intermediario e hizo un trato con él: “Él dice tanto quiero y yo pues hala. Y fuimos a Iznalloz, yo se la pagué, hicimos la escritura y andando”. Ana firmó todas las escrituras de la tierra que compró, salvo el de una pequeña propiedad de regadío. A partir de entonces, ella junto con sus hijos trabajaron las tierras de su propiedad. Ana se dedicaba a las actividades de labranza: “quitarle hierbas a las pipas, a sacar hierba de la cebada, quitarle la avena. [...] Cuando iban a cosechar, iba yo también, para ver lo que había”<sup>57</sup>.

María Josefa y su familia no obtuvieron la ayuda del cabeza de familia emigrado ya que “no dio más señales de vida”. Fue con su trabajo en las labores agrícolas en Iznalloz y las temporadas en los viñedos franceses lo que le permitió salir adelante —“eso se dedicaba a ir añadiéndole al mes por si no había trabajo ese mes”— y adquirir su casa. Sin la ayuda tan necesaria del marido emigrado, “no se podía comprar” tierras porque “además, no daba”. “Cuando iban las familias enteras, pues sí, porque cuatro o cinco..., pero una persona sola para tirar de un hogar, no”<sup>58</sup>.

Esa variación económica, en la que las familias pudieron llegar a ser propietarias y estabilizarse desde el punto de vista monetario, implicó asimismo una alteración del ámbito social que se había creado desde el final de la Guerra Civil. Aquellos vencidos,

50. Ídem.

51. Según la sesión extraordinaria del 24 de mayo de 1954, ARCHIVO MUNICIPAL DE REINA (en adelante, AMURE), ES.06110.AMURE/1.1.01/8.2

52. “Libro de Registro de Entrada”, 1961, ARCHIVO MUNICIPAL DE HUELMA (en adelante, AMHUE), caja 443.

53. ARCHIVO MUNICIPAL DE CAMPOTÉJAR, caja 182, pieza 2.

54. *Ibidem*.

55. *Ibidem*, pieza 3.

56. *Ibidem*, pieza 4.

57. Ana R. A.

58. María Josefa C. R.

identificados con el bando republicano, habían sido en su mayoría quienes habían emigrado y los que, ahora, también tenían propiedades y dinero. Esto dio lugar a un cambio de mentalidad –ya fuera real o por conveniencia– entre aquellos sectores que se habían visto beneficiados, directa o indirectamente, por la dictadura. En localidades como Domingo Pérez, en las que “prácticamente todas las casas tenían un miembro en Alemania”<sup>59</sup>, se vivía del dinero de las remesas que de allí llegaban y que eran administradas, a su vez, por las mujeres. Los comerciantes eran muy conscientes de tal situación y procuraron un trato más cercano, más amable y más social con los protagonistas del cambio socioeconómico de estos pueblos: las mujeres que se habían quedado solas a cargo de sus hijos. Uno de estos comerciantes se lo dejó muy claro a Ana cuando Anselmo se marchó:

Fui yo a la tienda a comprar [y] dice que tú no carezcas de nada, que lo que te haga falta, vienes y que te lo lleves de aquí, dice que tú no... que los niños no vayan a pasar faltas y tú tampoco, dice que cuando Anselmo mande dineros tienes lugar de pagarme. [...] Yo no era de aquí del pueblo y ellos se ofrecieron a que no me faltara de nada<sup>60</sup>.

En segundo lugar, se produjo de forma inevitable un cambio en el acceso a las instituciones públicas porque, a falta del marido, las mujeres eran las encargadas de gestionar la vida política y administrativa de la familia. Ya lo hemos visto con el ejemplo de Ana R., que firmó las escrituras de compraventa de sus propiedades agrícolas, pero la presencia de la mujer no se limitó a los contratos privados. María Josefa no solo se encontró sola y con dos hijas cuando su marido se marchó definitivamente a Suiza, sino que pudo comprobar cómo, al no tener ningún documento como el libro de familia, los problemas se acrecentaron, porque “no teníamos ni asistencia de la seguridad social”<sup>61</sup>. Para poder hacer un nuevo libro de familia tuvieron que pasar por distintas instancias en las que se sentía como en un laberinto: “no había forma, porque entonces tampoco ayudaban absolutamente nada a la mujer”. Tuvo que ir al juzgado en Granada en varias ocasiones para lograrlo y tardó meses en obtenerlo. “Al menos con aquello era otra cosa”<sup>62</sup>.

Del mismo modo podemos hablar del caso de Josefa S., de Montillana (Granada), cuyo marido emigró durante seis meses a Francia en 1971 y “sin saber leer y sin nada” tuvo que “ir a todos los papeles”, donde firmaba con el dedo. Hubo de asentar a sus niños en la localidad de Campotéjar (Granada) donde vivía, pero quizá el ejemplo más relevante de la presencia pública de Josefa fue cuando quiso comunicar al Ayuntamiento que uno de sus perros, por el que pagaban un impuesto al municipio, había muerto ahogado y que, por lo tanto, ya no existía y no había de pagar más por él. Se lo comentó al policía municipal cuando se lo encontró en el lugar en el que los jornaleros “hacían la plaza”, a lo que este le contestó pidiéndole una prueba de ello: “si el perro se ha muerto, quiero las orejas del perro”. Josefa, consciente de las miradas de los hombres, zanjó el asunto: “si quieres las orejas del perro, vas a tu casa, coges unas tijeras y vas a la acequia del pilar que está el perro y le cortas las orejas, porque yo no tengo por qué cortárselas”<sup>63</sup>. Las mujeres, por lo tanto, acudieron a los ayuntamientos a resolver sus problemas, ya fueran mujeres solas porque sus maridos habían emigrado o simplemente mujeres que habían

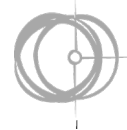
59. José M. R.

60. Ana R. A.

61. María Mercedes T. C.

62. María Josefa C. R.

63. Josefa S. F.



enviado, como Isabel Donoso, de Huelma (Jaén), que denunciaba en una instancia dirigida a la Jefatura Provincial de Sanidad que en el barranco que separaba su casa de la del vecino, este último había construido un retrete por el que “abiertamente vierten los excrementos [*sic*] e inmundicias de sus casas, haciéndolo a muy escasa distancia de las ventanas que [...] tiene mi referida vivienda [...], lo que da lugar a un foco de infección y malos olores que hacen inhabitables las habitaciones que tienen luz y ventilación por las mencionadas ventanas”<sup>64</sup>. Isabel Rodríguez, de Bienvenida (Badajoz), lo hacía en representación de su hijo menor denunciando ante las instancias municipales un asunto sobre deslindes de terrenos<sup>65</sup>, y en el mismo nombre de sus herederos se dirigía Piedad Lozano al ayuntamiento de Dehesas Viejas (Granada) con el objeto de comunicar que no quería prorrogar el contrato que la familia tenía firmado para el arrendamiento de un local en el que la administración local tenía el “locutorio telefónico”<sup>66</sup>.

En este sentido, podemos decir que la relación entre las mujeres que actuaban como locomotoras económicas en el mundo rural y los ayuntamientos fue recíproca. Ellas no solo acudieron a realizar solicitudes al objeto de responsabilizarse de cuestiones administrativas, sino que los propios ayuntamientos necesitaron o valoraron, en parte, el papel destacado que representaban para con la comunidad rural, puesto que participaron de las oportunidades laborales que la administración pública local ofrecía. En la localidad pacense de Reina, Elvira Benagan se encargaba en 1955 de preparar el “complemento alimentario escolar”, un trabajo indispensable para el devenir de la población infantil, con contrato hasta noviembre de aquel año. Sin embargo, el alcalde ratificó “en lo sucesivo y hasta que se designara otra cosa” que Elvira continuase con esta importante tarea<sup>67</sup>. También en el municipio pacense de Llera, se hubo de aumentar en 1964 el salario percibido a “la señora encargada de hacer la limpieza en estas oficinas municipales y grupos escolares”, porque esta había dejado de realizar su trabajo al considerar que el sueldo que ingresaba era “muy poco” y así consiguió 100 pesetas anuales más y “dos gratificaciones extraordinarias”<sup>68</sup>.

### Retorno: “o te vienes o nos vamos todos”

La emigración de los hombres rurales durante los años 1960 causó unas separaciones familiares que, en algunos casos, fueron definitivas. Tal y como decía el *Diario de Burgos*:

Miles de esposas españolas, a causa de la emigración de sus maridos, viven en nuestra patria víctimas de prolongadas ausencias cuando no son “viudas en vida de su marido” que un día emigró y nada sabe de él<sup>69</sup>.

64. 19-10-1960, AMHUE, Caja 247, 2.01.03.

65. Según la sesión ordinaria celebrada el 31-10-1961, ARCHIVO MUNICIPAL DE BIENVENIDA (Badajoz), ES.06020.AMBI/1.1.01//15.3.

66. Según la sesión ordinaria del 15-6-1968, “Libro de Actas de Dehesas Viejas”, 1961-1968, ARCHIVO MUNICIPAL DE IZNALLOZ (en adelante, AMIZ), Libro 580.

67. Según la sesión ordinaria del 10-12-1955, AMURE, ES.06110.AMURE/1.1.01//8.2.

68. Según la sesión ordinaria del 2-3-1964, ARCHIVO MUNICIPAL DE LLERA, ES.06073.AMLL/1.1.01//6.1.

69. “La mujer y la emigración”, *Diario de Burgos: de avisos y noticias*, 24-11-1960, año LXX, n. 21.340, p. 2.

María Josefa no volvió a ver a su marido, que nunca retornó de Suiza: “se fue y no volvimos a saber más de él”. Ella, junto con sus dos hijas, son conocedoras y valoran el esfuerzo que “hicimos las tres”<sup>70</sup> para sacar adelante a la familia sin el cabeza de familia que, en teoría, emigró para la obtención de un mejor futuro para ellas, pero que en la práctica ni cooperó a ese esfuerzo ni quiso saber nada de cómo se había gestado y desarrollado éste.

Anselmo sí regresó a Domingo Pérez. Lo hizo diez años después de marcharse, cuando su mujer y sus hijos llevaban ya seis años viviendo en su nueva casa, y en un contexto internacional de crisis económica. Sin embargo, el objetivo de muchos de los emigrantes se había conseguido, pues con el dinero ganado habían logrado comprar tierras y viviendas en su lugar de origen, lo que les permitía un regreso seguro. Poco a poco, por lo tanto, fueron retornando esos hombres que habían emigrado ya que, ahora sí, habían accedido a la propiedad de la tierra y podían trabajarla. En esa oleada de vuelta, junto con el fin de la dictadura franquista y la incertidumbre política del momento, Ana R. le expuso a su marido Anselmo sus argumentos. No quería que la familia permaneciera por más tiempo separada, toda vez que tenían vivienda, tierras y las vecinas abrazaban a sus esposos: “yo se lo dije a él: o te vienes o nos vamos [todos]”. El sacrificio se había consumado, eran tiempos de aprovechar el tiempo perdido. Anselmo regresó a España en 1975, “compró un tractor y él hacía la tierra que teníamos”<sup>71</sup>.

La idea del retorno siempre estuvo en las mentes de aquellos emigrantes, especialmente los que marcharon a Europa, amparados por la solidaridad y los lazos de parentesco que confluían en el fenómeno migratorio<sup>72</sup>. La nostalgia del hogar y el futuro de sus familias les permitieron realizar una parte del sacrificio que significó la emigración. Otros, no obstante, siguieron sus dinámicas vitales en un lugar lejos de la España franquista, eludiendo quizá sus responsabilidades para con quienes dejaban en sus lugares de origen al comprobar cuál era el modo de vida europeo. Pero fueron las mujeres “viudas en vida del marido”, como decía el diario recientemente citado, quienes soportaron sobre sus espaldas la otra parte del sacrificio. Solas en el mundo rural, con hijos a cargo y con una moralidad impuesta por el régimen franquista, se convirtieron en protagonistas del sustentamiento familiar, porque no solo cuidaron de su prole, sino que administraron las cuentas familiares, aportaron su grano de arena a la economía doméstica a partir de sus distintos y variados quehaceres laborales y aguantaron de forma estoica la separación matrimonial, que muchas veces se había producido estando recién casados, siempre con sus miras puestas en el futuro, siempre por el bien de sus familias.

## Conclusiones

A tenor de los testimonios y documentación consultados podemos extraer las siguientes conclusiones y adelantar nuevas preguntas que están llamadas a enriquecer la investigación propuesta en torno a las mujeres *que se quedaron* en el proceso emigratorio abierto en España en las décadas centrales del siglo XX.

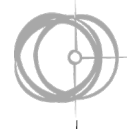
1º. La migración abrió nuevas oportunidades económicas para las mujeres. Las que estaban casadas con maridos que permanecieron en el lugar generalmente evitaron

---

70. María Mercedes T. C.

71. Ana R. A.

72. BARCIELA *et al.*, *La España de Franco (1939-1975). Economía*, p. 295.



las pocas oportunidades de trabajo remunerado que disponían, excepto en algunas circunstancias (abandonos, imposibilidad del marido por enfermedad o incapacidad, o pobreza extrema). Por el contrario, las mujeres cuyos maridos emigraron rompieron muchos tabúes culturales. La emigración permitió a muchas mujeres nuevas formas de participar en la vida económica de sus municipios al intervenir de manera activa en la cambiante economía rural como empresarias o como profesionales, ingresar en el mercado de trabajo real y salir de la invisibilidad<sup>73</sup>. El dinero recibido de sus esposos era gestionado por ellas mismas. Algunas optaron como estrategia familiar por abrir pequeños negocios relacionados con el comercio –como Josefa Palma, que ocupaba el puesto número 19 del mercado de abastos del pueblo granadino de Iznalloz<sup>74</sup>, o Dolores Jiménez, de Marbella (Málaga), que solicitó licencia para abrir una mercería en 1958 y que solo fue concedida tras ser “visto el informe favorable emitido por la comisión de policía”<sup>75</sup>– u ocupándose en servicios diversos como empleadas autónomas. Otras, cuando las remesas no eran suficientes, y de nuevo como estrategia de subsistencia familiar, se emplearon como mano de obra asalariada en el campo –jornaleras– o bien en actividades que exigían una escasa cualificación. Con esas incorporaciones, *las que se quedaron* contribuyeron a afianzar una economía capitalista que transformó la sociedad rural por completo. De esta forma, las mujeres rurales alteraron con su trabajo las relaciones sociales y económicas de sus localidades que ya habían transfigurado la vida de las mujeres urbanas.

2º. La migración también cambió otros hábitos de conducta. Las mujeres rurales comenzaron a ir a la escuela y a fomentar que sus hijos también lo hicieran. Después de años de esfuerzos estatales para fomentar la educación primaria entre los españoles, las españolas rurales comenzaron a ir a la escuela cuando los hombres emigraron. Aunque desde comienzos del siglo XX los gobiernos requirieron la enseñanza primaria para las niñas, los ayuntamientos locales vieron la educación femenina como algo secundario. Además, la mayoría de las familias no consideraba la educación de una hija tan importante como la de un hijo. Los años 1960 significaron un punto de inflexión. Hay que mencionar la creación de la Junta Nacional contra el Analfabetismo el 10 de marzo de 1950. Son dos los documentos legales que marcarían en la década siguiente las directrices para acabar con el analfabetismo en España: por un lado, el Decreto 2124/1963, de 10 de agosto, sobre lucha contra el analfabetismo, y por otro la Resolución General de Enseñanza Primaria por la que se organizaban los servicios de la Campaña Nacional de Alfabetización. Estas dos medidas permitieron avances significativos comparados con los obtenidos en los diez años anteriores, al situarse la tasa de analfabetos en un 9% (5% en los hombres y en las 12% mujeres). En los pueblos, el aumento de la población que sabía leer y escribir también se dejó notar. Se abrieron, como muchos periódicos de la época recogieron, nuevas escuelas rurales y la emigración también jugó a favor de la alfabetización. Como representantes ostensibles de la familia, las mujeres necesitaban poder leer las cartas enviadas por sus maridos o los documentos que llegaban a su domicilio desde el banco o desde el Ayuntamiento. Las nuevas responsabilidades que asumieron las mujeres las hicieron estar preparadas para atender a los nuevos retos que significaban ponerse al

73. Margarita RICO GONZÁLEZ, “La mujer y su relevancia en el proceso de desarrollo rural español”, *Estudios Jurídicos de Derecho Agrario*, 2003, pp. 583-618, [https://www.mapa.gob.es/es/ministerio/servicios/informacion/mujer\\_rural\\_tcm30-103410.pdf](https://www.mapa.gob.es/es/ministerio/servicios/informacion/mujer_rural_tcm30-103410.pdf).

74. AMIZ, según la sesión ordinaria del 15 de junio de 1963, “Libro de Actas, 1963-1967”.

75. AMMB, Sección 2.00.00, caja 219-02, sesión ordinaria de la Comisión Municipal Permanente del 19-7-1958.



frente de una explotación agraria o un negocio, o querer emprender por su cuenta otras actividades. Esta necesidad llevó a muchas mujeres a enviar a sus hijas a la escuela para que se formaran y para que adquirieran una cualificación que les permitiera promocionar social y económicamente, y así mejorar su futuro. De estos años data el éxodo rural de la población más joven. En esta ocasión, como se ha constatado, las protagonistas de aquella marcha fueron las mujeres que se trasladaron a las ciudades para ampliar su formación y se convirtieron en una nueva generación de universitarias. La alfabetización de las mujeres rurales también las conectó con lecturas de periódicos y con la posibilidad de conformar sus propias opiniones ante la realidad política y social en la que vivían. Aquí se puede explorar su participación en la oposición antifranquista que se fue gestando en los pueblos, su asistencia a mítines y reuniones en el tardofranquismo y en el período de la Transición, así como su aportación a la consolidación de la democracia de las localidades andaluzas y extremeñas.

3º. La emigración, como señalan las estadísticas, tuvo importantes repercusiones en la vida familiar y colectiva de los municipios. Por ejemplo, la nupcialidad y fecundidad se vieron modificadas. La marcha del varón cambió los significados de la maternidad y el matrimonio. No sólo marcó el momento del matrimonio, sino que alteró el número de nacimientos y la composición de la familia. Las mujeres y los hombres comenzaron a tomar decisiones sobre el tamaño de sus familias. Si antes el número de hijos era central para la reproducción y supervivencia de la familia y se consideraba como una manera de aumentar los ingresos, la emigración significó reducir el número de descendientes. Por otro lado, la imposibilidad de acceder a métodos anticonceptivos en una dictadura que alentaba y premiaba a los matrimonios a tener tantos hijos como fuera posible, generó nuevas prácticas de control de la natalidad ante la adopción de nuevas responsabilidades por parte de las madres. Se puede rastrear el aumento de los abortos o la reducción del tiempo de amamantar a los hijos, e incluso las nuevas formas de sexualidad que entrañaría adentrarse en lo más íntimo de los matrimonios. Estas nociones cambiantes de la familia redefinieron los roles de madre y esposa, y también de la pareja.

4º. La emigración rompió estereotipos y alteró los roles familiares de las mujeres rurales. El franquismo había creado nuevos patrones de conducta social, política y económica en torno a hombres y a mujeres. Los integró en el *nuevo Estado* con diferentes derechos y obligaciones, y generalizó ciertas ocupaciones, roles familiares y espacios políticos masculinos y femeninos. Con la ausencia de sus maridos, las mujeres rurales comenzaron a desarrollar una relación autónoma con el Estado. Estos nuevos lazos desafiaron los roles tradicionales al sacar a las mujeres del espacio privado. La migración masculina fomentó la integración de las mujeres en la vida política y las reposicionó en el organigrama local y nacional apareciendo como *ciudadanas*. Por ejemplo, ellas fueron las que comenzaron a registrar los nacimientos y las defunciones en el registro civil de sus localidades. Ellas fueron las que comenzaron a matricular a sus hijos en las escuelas. Y ellas fueron las que velaron por los intereses de la familia. Las mujeres aumentaron, como reza en los registros de entrada y salida de la correspondencia municipal, su presencia en el gobierno local para gestionar diversos trámites administrativos concernientes a la gestión del patrimonio familiar, a la actividad económica desempeñada o incluso para solicitar alguna ayuda social otorgada por el estado franquista. También se hicieron frecuentes las reclamaciones –por la vía penal– de algún devengo, en forma de pensión, accidente, defunción y beneficios acordes a lo establecido por la ley para proteger los intereses familiares y garantizar su unión. Las alcaldías, en donde muchas veces se efectuaban estas peticiones, conectó a estas mujeres con las instituciones estatales, y este proceso las llevó a la consideración del Estado como un ente protector y



*compasivo*, e incluso como un facilitador de recursos económicos y sociales. Se puede decir, en este sentido, que la migración fortaleció la creciente relación utilitaria entre los residentes rurales y el Estado, lo que creó un nuevo sentido de *pertenencia nacional*. Se enfatizó la idea de que las instituciones gubernamentales podían ayudar a las familias, intentando borrar la imagen de Estado represivo. “El pueblo español piensa en marxista y en comunista. Para curarle la intoxicación no hay más que una penicilina: la moral, de la que muy buena dosis puede dar el Instituto”<sup>76</sup>, rezaban los eslóganes del Instituto Nacional de Previsión en los primeros años de la posguerra. Se redefinió la relación entre las mujeres y el Estado. Ellas asumían el credo de los deberes domésticos y de moral y honor que debían asumir como mujeres y que fijaba la dictadura a través de la escuela o la iglesia en sus homilías; pero ellas accederían a reclamar al Estado la protección necesaria para garantizar el cuidado de sus familias y de sus comunidades<sup>77</sup>. Con ello, podemos interpretar que se logró una cierta “nacionalización de las mujeres rurales” en los principios franquistas. Siguiendo a Benedict Anderson, se pueden comprobar los esfuerzos del Estado para transformar las lealtades locales en lealtades nacionales. El Estado proyectó una nueva imagen y un nuevo sentimiento patriótico de la emigración como esfuerzo para garantizar el desarrollo del país y lograr la promoción social de los españoles<sup>78</sup>. Proyectó una nueva masculinidad en torno a los hombres que emigraban al mostrar su sacrificio hacia sus familias y hacia la España misma. También una nueva feminidad se transmitió a través de la economía doméstica que se enseñaba en la escuela primaria, que reforzaba los vínculos entre la maternidad, la vida doméstica y los deberes cívicos y morales que le correspondían. La costura, la higiene personal, el lavado de ropa, el planchado, la cocina y el cuidado de la casa constituían el deber de las mujeres para con su familia y su nación. Los libros de texto incluían instrucciones precisas de cómo efectuar estas tareas.

5º. La emigración también generó, en muchas ocasiones, una cultura del consumo y una nueva forma de vida ante la llegada de remesas de los emigrantes. El cambio en los patrones de alimentación se observa en la cesta de la compra y en los productos que las mujeres compraban y cocinaban. Se creó una nueva imagen de consumidora femenina rural. No sólo compraban productos alimenticios, también cosméticos, decoración del hogar, vestidos y telas. La emigración permitió entrar a las mujeres rurales en la cultura del consumo, al cambiar los límites de su mundo y hacerlas participar en la creciente economía nacional e internacional, aunque no fueran trabajadoras asalariadas. El acto del consumo alteró radicalmente la posición de las mujeres rurales en las comunidades locales y en la propia economía nacional. También en la arquitectura de los pueblos se puede observar la conformación de una clase social en ascenso, determinada por la emigración. Las viviendas comenzaron a cambiar su diseño y su elevación. Las *divisas* bien ahorradas se tradujeron en casas de dos plantas cuyos interiores contaban con las

---

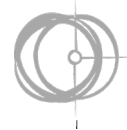
76. Conferencia del R. P. Joaquín AZPIAZU, S. J., *Amigos y enemigos del Instituto Nacional de Previsión*, Madrid, Ministerio de Trabajo, Publicaciones del Instituto Nacional de Previsión, 9 de febrero de 1950, pp. 18-19.

77. Así queda reflejado en el artículo: Ana CABANA IGLESIA, Teresa María ORTEGA LÓPEZ y Eider DE DIOS FERNÁNDEZ, “Trajinar sin descanso: mantenedoras, cuidadoras y contramodelos. Un relato en femenino de la posguerra española”, *Historia del presente*, 38 (2021), pp. 57-59 y pp. 67-88.

78. Puede comprobarse en el documental de 1-1-1963 del NO-DO con el título *Trabajadores españoles en Alemania*, contenido en la página oficial de RTVE, <https://www.rtve.es/play/videos/revista-imagenes/trabajadores-espanoles-en-alemania/2852857/>

decoraciones, los enseres y los electrodomésticos más modernos del momento<sup>79</sup>. Las mujeres, en esto, representaron de nuevo un papel esencial al contribuir, como señalamos, al desarrollo de la sociedad de consumo en los pueblos.

En definitiva, el éxodo masivo masculino permitió la entrada de las mujeres en las comunidades políticas, culturales y económicas, así como la creación de redes de solidaridad que trascendieron y traspasaron la simple ayuda material. Lo que asumieron, lo que aprendieron, lo que hablaron, lo que leyeron y hasta lo que compraron esas mujeres, desafía las suposiciones de su pasividad y aislamiento que siempre las han caracterizado. Como hemos reflejado en estas páginas, ni fueron ajenas a las transformaciones derivadas del extraordinario crecimiento económico ni a los profundos cambios sociales y de consumo ligados al Plan de Estabilización de 1959 y a los posteriores planes de desarrollo. Ellas, desde lo rural, representaron muy bien lo que fue la España de los últimos quince años de la dictadura: la vida entre el sacrificio y la modernidad. Porque en aquellos años de desarrollo y crecimiento económico, la modernidad nunca pudo tragarse la historia.



---

79. María del Carmen ROMO PARRA, “El hogar desarrollista, un mito. Relato sobre la modernización económica en la construcción de la privacidad y la domesticidad”, *Kamchatka: revista de análisis cultural*, 18 (2021), pp. 151-176, <https://doi.org/10.7203/KAM.18.18293>.